

# LENGUA-LITERATURA

# UNAMUNO Y FUERTEVENTURA

MARCIAL MORERA

Como ha hecho ver la filosofía moderna desde el idealismo kantiano, la realidad pasada, presente y futura de los pueblos no depende tanto de la naturaleza en sí misma, de la fisicidad del medio geográfico y de los hechos concretos, sino que depende más bien de las palabras, de las oraciones y de los textos que los pueblos hayan creado o puedan crear con su lengua para designar sus sentimientos y el mundo que los rodea. Desde este punto de vista, por una parte, las palabras, las oraciones y los textos creados ya con los procedimientos gramaticales y léxicos de las lenguas constituyen el pasado y el presente de los pueblos, lo que los pueblos son y han hecho a lo largo de su desarrollo y lo que han aportado a la historia de la humanidad. Por otra parte, las palabras, las oraciones y los textos que se puedan crear con ellos constituyen el futuro y la esperanza.

Y es precisamente en este punto –en el de la exploración de las infinitas posibilidades semánticas de los idiomas– donde adquiere verdadera importancia la literatura, la actividad de las mujeres y los hombres que llamamos *poetas*, entendiendo esta palabra en el más amplio de sus sentidos. Ellos son, en buena medida, los encargados de renovar la vida espiritual presente de los pueblos, de remover las aguas estancadas de su tediosa cotidianidad y de labrar su futuro (esto es, su esperanza), para aproximarlos cada vez más a esa meta siempre inalcanzable que es ¿la felicidad? No, la felicidad, no, que es un concepto muy impreciso y una palabra subjetiva y cursi. Para aproximarlos a esa meta siempre inalcanzable que es conocer todos los misterios de nuestro ser y nuestros destinos futuros, que se encuentran presentes en las infinitas posibilidades de la lengua que hablamos. La lengua que hablamos –podríamos decir– es el libro en que están escritos y previstos todos nuestros destinos, porque se trata, no tanto de un conjunto de etiquetas con que clasificamos las realidades ya conocidas, cuanto de un mecanismo combinatorio por el que tienen que discurrir necesariamente todas las realizaciones o creaciones futuras de nuestra cultura.

No es, por tanto, la literatura una actividad lúdica, un pasatiempo para entretenerse en los ratos de ocio, en las vacaciones, en los días de fiesta o cuando nos desvelamos en las noches de insomnio, como han querido algunos autores de retóricas y poéticas, como suelen suponer los organizadores de juegos florales y como les interesa hacer creer a los administradores de las culturas oficiales de los estados. No, la literatura, la verdadera literatura, es un instrumento de renovación de los valores establecidos, un instrumento para la revolución pacífica, un instrumento de indagación en las condiciones de nuestro ser, porque ella es la forjadora de la realidad futura de las comunidades humanas, de lo que esas comunidades vayan a ser mañana, la encargada de «renovar el lenguaje de la tribu» y de «devolver a las palabras su pureza e inocencia perdidas», como quería el poeta Mallarmé. De ahí que, desde el Romanticismo por los menos, se haya venido insistiendo en que el escritor es una especie de visionario, mago o demiurgo que crea la realidad, que «se asoma a las puertas del misterio y vuelve de él con un vislumbre de lo desconocido en los ojos». Y no cabe ninguna duda que así es. El escritor, el verdadero escritor, el escritor grande (no el escritorcillo o el escritorzuelo, que lo que hace es emborronar papel y mal imitar a los modelos trillados) no es un bufón que se gana la vida divirtiendo al público con ocurrentes filigranas formales o ingeniosos juegos conceptuales (en realidad, la literatura grande no tiene por qué agradar, no tiene por qué ser *dulce*, como exigía la retórica tradicional; también puede ser amarga, muy amarga, y hundir al lector en la más profunda de las depresiones); no es el poeta —decimos—, pues, un bufón, sino un visionario que crea mundo, porque nos revela los misterios que se encuentran ocultos en la lengua que hablamos, abriendo así nuevas posibilidades a la sensibilidad, al conocimiento y a la conciencia que tenemos de nosotros mismos, de nuestros semejantes y del mundo que nos rodea. El pueblo que no tiene poetas (entendiendo esta palabra en el más amplio de sus sentidos) es un pueblo muerto, un pueblo sin futuro, porque muerta se encuentra la lengua que habla, la lengua que lo hace pueblo. Y es que no puede haber pueblo vivo que carezca de literatura, porque el mismo vivir humano, que implica renovación permanente, nos obliga a hacer poesía, es decir, a bucear en la lengua y buscar nuevas facetas semánticas de sus palabras. Por eso, cuanto más abundante es la literatura de un pueblo, su tradición textual, tanto más rica es la cultura de ese pueblo y ese pueblo mismo.

Solamente entendiendo bien esto que comentamos —es decir, que no existe más realidad esencial que la realidad idiomática, o literaria, que lo mismo es, al fin y al cabo—, estaremos en disposición de vislumbrar al menos el verdadero valor y la verdadera importancia que tiene para la

Fuerteventura moderna y sus habitantes la obra que don Miguel de Unamuno dedicó a la isla. En efecto, conviene que lo digamos claramente desde el principio: *De Fuerteventura a París* es para nuestra tierra un libro importantísimo, no porque contenga bellas metáforas y bellos ritmos (que es evidente que los contiene); ni porque gracias a sus páginas se haya proyectado el nombre de Fuerteventura más allá de las fronteras de nuestra patria; ni porque en ella Fuerteventura haya tenido el honor de convertirse en un motivo poético del mayor renovador de ideas de la España del siglo XX; ni, por supuesto, porque en ella se haga mención de tales o cuales personajes reales de la Fuerteventura de las primeras décadas de este siglo. Bien analizados, todos estos aspectos del poemario que comentamos son más anecdóticos que esenciales. *De Fuerteventura a París* es verdaderamente importante para nuestra isla y para sus moradores porque su palabra poética contiene una renovación profunda de la realidad histórica de Fuerteventura, haciéndola ver de forma radicalmente distinta a como había sido vista por la tradición, e inventando así (inventando, que no describiendo, como dice el mismo autor del libro) la Fuerteventura del siglo XX. Esta transformación de ese ente cultural que llamamos Fuerteventura es tan radical en *De Fuerteventura a París*, que, en la historia de nuestra isla, tenemos que hablar de una Fuerteventura preunamuniana y una Fuerteventura postunamuniana.

Veamos esto que afirmamos de forma un poco más detenida. ¿Cómo se veía a Fuerteventura antes de la llegada de Unamuno? Es decir: ¿cuáles eran las características concretas que definían a esa realidad histórica (que no natural) que llamamos *Fuerteventura* hasta el año 1924, en que arriba el poeta vasco a la isla?

Por una parte, en lo relativo a su paisaje campesino, Fuerteventura era vista como un simple cacho de tierra estrecha, árido, algo accidentado y casi despoblado, como vemos en toda nuestra lírica tradicional y nos viene a decir el ingeniero cremonés Leonardo Torriani en su *Descripción de las Islas Canarias*: «Esta es la isla más larga de toda Canarias. Es estrecha y poco habitada, teniendo en cuenta sus dimensiones; y es accidentada, aunque no tenga montes muy altos, sino alturas mediocres, muchas de las cuales fueron volcanes» (p. 68). Al mismo tiempo, este paisaje tan primitivo y escuetamente percibido se veía siempre en función de los medios de subsistencia más elementales, particularmente en función de la agricultura y la ganadería. Nos vuelve a decir el ingeniero de Felipe II: «Tiene (Fuerteventura) abundancia de cebada y de trigo y de ganados; y de una relación hecha por gente principal de la isla resulta que tiene 60.000 cabras y ove-

jas juntas, 4.000 camellos, 4.000 burros, 1.500 vacas y 150 caballos de monta» (p. 71).

En segundo lugar, en lo relativo a la mar que ciñe sus costas con un largo manto azul y verde (medio que, dicho sea de paso, tan poca importancia parece haber tenido para la Fuerteventura del régimen señorial), las descripciones tampoco van mucho más allá de lo puramente utilitario. «Las costas de (...) Fuerteventura (nos dice el aventurero inglés George Glas en su *Descripción de las Islas Canarias*) proporcionan pescado de varias especies y en abundancia, en particular una especie de bacalao que aquí llaman cherne, de mejor gusto que el bacalao de Terranova y del Mar del Norte» (p. 34).

Por último, en lo relativo a los majorereros, la tradición los consideraba como gente bruta, avara, holgazana y llena de primitivas supersticiones. «Son en general (nos dice en otra parte de su obra citada el mismo Glas) de gran estatura, robustos, fuertes y muy morenos. Por los habitantes del resto de las Islas Canarias son considerados rudos y toscos en sus maneras: creo que esto es cierto; pues por lo que he tenido oportunidad de observar en ellos, parecen avaros, rústicos e ignorantes» (p. 37).

Así de cruda y de cruel era la visión que se tenía de nuestra tierra y de sus moradores hasta el año 1924, y así es como se sentían nuestros antepasados, porque así los describieron los poetas escritores y así les habían dicho sus paisanos que eran.

Pues bien, frente a esta interpretación chata, utilitaria y despectiva que de Fuerteventura había hecho la tradición, Unamuno va a hacer una interpretación o lectura mucho más profunda, trascendente y generosa, una lectura que resulta de darle la vuelta a la tortilla de la interpretación tradicional, de un mero llevarle la contraria a sus predecesores, de un mero juego de paradojas, que era el método de indagación más querido y practicado por el poeta de Bilbao, como es de sobra sabido.

Por una parte, frente a la tradición, que nos presentaba el árido paisaje de Fuerteventura desde una perspectiva meramente mercantilista, reducido casi a un espacio físico para obtener determinados productos de subsistencia, Unamuno lo eleva a la categoría de símbolo religioso, considerándolo como una suerte de espacio bíblico, ermitaño o conventual desprovisto de todo elemento superfluo, hermanándolo así a su entrañable y entrañada Castilla. «La tierra de esta isla ermitaña no miente; Fuerteventura dice al hombre, dice a sus hombres, a sus hijos, la verdad desnuda y descarnada, el esqueleto de la verdad (...). La verdad, corona y coronamiento de toda la vida humana; nada más que la verdad. Que llega a ser la suprema ilusión» (*Fuerteventura un oasis en el desierto de la civilización*, p. 39).

Desde esta perspectiva trascendente, va a ir nuestro escritor interpretando las llanuras en Herbania, sus mediocres relieves, su suelo pardo y árido, la elementalidad de su flora y de su fauna, su luz, que se manifiestan aquí con vida y sentimientos propios, como le ocurre a la montaña protagonista del primer cuarteto del soneto XVI de esta gavilla de poemas:

Ruina de volcán esta montaña  
por la sed descarnada y tan desnuda,  
que la desolación contempla muda  
de esta isla sufrida y ermitaña.

Nunca antes de Unamuno habían vibrado la tierra, las piedras, las montañas de Fuerteventura con espíritu propio y con tanta intensidad lírica, salvo tal vez en la época prehispanica, cuando, presumiblemente, sus montañas y sus llanuras eran consideradas la casa o el santuario de los dioses de los antiguos habitantes de la isla.

Y no menos importante que lo que comentamos es para Fuerteventura el vínculo que, a través de su paisaje, establece Unamuno entre nuestra isla y Castilla, porque gracias a él queda aquélla, como ésta, convertida en símbolo de esa realidad histórica que llamamos *España*, o de la idea tan particular que de España tenía la Generación del 98. «Fuerteventura me ha acompañado a París –escribe Unamuno a su amigo Juan Casou en una carta recogida en nuestro poemario– y es aquí en París donde he digerido a Fuerteventura y con ella lo más íntimo, lo más entrañado de España, que la bendita isla de Fuerteventura simboliza y concreta. Aquí en París, donde no hay montañas, ni páramo, ni mar, aquí he madurado la experiencia religiosa y patriótica de Fuerteventura». Algo similar había escrito ya el rector de Salamanca respecto de Castilla en su libro temprano *En torno al casticismo*, que, por ello, es obra que también nos concierne a los majoreros.

Por otra parte, frente a la tradición, que también presentaba el mar insular desde una perspectiva simplificada y utilitaria, Unamuno nos lo presenta, en paralelo con el paisaje interior, como una criatura con vida y sentimientos propios, como una criatura que actúa, ora como amante de otros elementos de la naturaleza:

La mar ciñe a la noche en su regazo  
y la noche a la mar; la luna ausente;  
se besan en los ojos y en la frente;  
los besos dejan misterioso trazo (soneto XXXIV),

ora como persona que se compadece de la sequía interior de la isla y la consuela:

La mar piadosa con su espuma baña  
las uñas de sus pies...

nos dice el autor al principio del segundo cuarteto del citado soneto XVI; ora como elemento consolador de la infinita amargura del hombre de la isla y del mismo Unamuno:

¿Qué dices, mar, con tu susurro? ¡Dime!  
¿Ríes o lloras? Pasando las cuentas  
del eterno rosario me acrecientas  
el ansia de soñar que el pecho oprime (soneto XXIII).

¡Discurrir! ¡Cuántas tardes la amargura  
del hondón de la historia de mi España  
me endulzaste en tu mar, Fuerteventura! (soneto LXX).

Por último, también frente a la tradición, que presentaba al majorero como un ser bruto, avaro, holgazán y lleno de supersticiones, Unamuno nos lo presentará como hombre firme, resignado, lleno de nobleza, todo espíritu, limitado a dar lo esencial de él mismo, exactamente igual que el paisaje, la flora y la fauna de la isla:

Pellas de gofio, pan en esqueleto,  
forma a estos hombres –lo demás conduto–.  
Y en este suelo de escorial, escueto,  
arraigado en las piedras, gris y enjuto,  
como pasó el abuelo pasa el nieto,  
sin hojas, dando sólo flor y fruto (soneto XVI).

De esta forma redime la palabra poética de Unamuno a los hombres de Fuerteventura de los baldones que sobre ellos habían arrojado tanto sus paisanos de las otras islas como muchos de los extranjeros que habían venido a visitarlos y que incluso se habían quedado a vivir entre ellos, en algún que otro caso. Para Unamuno, no era el majorero ese hombre rudo, avaro y de alma negra que decía la tradición, sino un hombre esencial, que solamente se preocupa por darse en aquello que es vital para una existencia justa y noble. «¡Ay, mi querido amigo –le escribe a don Ramón Castañeyra en el prólogo de la obra–, cuanto viva mi alma y en la forma en que viviere, vivirá en ella, hecha hueso espiritual o roca espiritual de sus huesos o de sus rocas espirituales, esa bendita isla rocosa de Fuerteventura, donde he vivido con ustedes, los nobles majoreros, y con el Dios de nuestra España, los días más entrañados y más fecundos de mi vida de lucha-



dor por la verdad». Con Unamuno, los habitantes de Fuerteventura casi dejan de ser mayoreros para convertirse en fuerteventurosos, como quiere el mismo autor en algunas partes de su obra.

Lo que contiene, pues, el libro que presentamos no es precisamente una ingeniosa sarta de piropos de un enamorado de Fuerteventura —como creen algunas personas—, sino una nueva lectura global de la realidad insular y de sus moradores, una lectura que nos habla de una Fuerteventura que nada tiene que ver con la Fuerteventura del viejo régimen. Y lo más importante es que esta Fuerteventura creada (creada, que no descubierta, porque la realidad no se descubre, sino que la inventan las palabras, como dijimos más arriba) por la imaginación, la sensibilidad y el talento del agónico poeta vasco es la que más peso e influencia ha tenido a lo largo de casi todo el siglo xx en el sentimiento y en la conciencia de los hombres. Desde esta perspectiva han visto a nuestra isla los narradores y los poetas que la han celebrado en sus obras, como Pedro García Cabrera, Domingo Velázquez y Pedro Lezcano, por ejemplo; desde esta perspectiva la han sentido y sentido y la presienten y sienten todos aquellos que nos conocen a distancia; desde esta perspectiva la perciben los que nos visitan; y desde esta perspectiva la hemos terminado intuyendo, sintiendo y entendiendo nosotros mismos, los fuerteventurosos de finales del siglo xx. Y es que así de insidiosos son los mitos poéticos: que, con su hechizo, terminan impregnando calladamente el alma de los hombres y enseñoreándose de todo su sistema sensorial, haciendo que la realidad se parezca a ellos, como con tanta agudeza señaló el gran Oscar Wilde. No es el arte el que imita a la naturaleza; sino que es la naturaleza la que imita al arte. Hasta tal punto esto es así en el caso que nos ocupa, que casi nos atrevemos a decir que la Fuerteventura que nosotros conocemos y sus mismos moradores no somos otra cosa que unos personajes de ficción de una obra literaria de Unamuno, de una obra literaria de una de las cabezas más fecundas, lúcidas y de mayor personalidad del siglo que está a punto de decirnos adiós. En efecto, la Fuerteventura actual es en buena medida un mito de Unamuno, como España es en buena medida un mito de Cervantes o Italia también en buena medida un mito del Dante. Por eso *De Fuerteventura a París* no es para nosotros un simple libro de poemas, un libro de poemas más, entre los muchos que existen, sino que es más bien un libro de poemas fundacional, una especie de Génesis poético de Fuerteventura, donde se encuentra contenida gran parte de la realidad psicológica, social y hasta física que nos define actualmente. En este sentido, se trata de un libro que no debería faltar en la mesa de noche de todo hijo de la isla que esté sinceramente inte-

resado en conocerse a sí mismo, a sus paisanos y al espacio en que hace camino para morir.